

FRANCESC SERÉS

LA PIEL
DE LA FRONTERA

TRADUCCIÓN DEL CATALÁN
DE NICOLE D'AMONVILLE ALEGRÍA

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2014 by Francesc Serés Guillén
© de la traducción, 2015 by Nicole d'Amonville Alegría
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, *Jabato* (1578), de Hans Hoffmann

ISBN: 978-84-16011-81-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 24 712-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

LA PEQUEÑA HISTORIA
DE LAS HISTORIAS SIN HISTORIA
(2005)

La casa sobresale por encima de las terrazas y él me espera sentado en una mecedora, en el porche de la fachada principal. Se ha puesto a solano, a resguardo del cierzo incómodo que sopla hoy. El coche levanta una nube de polvo que el viento se encarga de exagerar.

Cuando entro en el camino de la finca, se levanta para ir a atar a los perros. Ha tenido perros toda la vida, pero en los últimos años sólo le quedaba *Quina*, la perra vieja que le acompaña a todas partes. Vuelve a tener perros, hoy cuento cuatro. Se los lleva hasta el vallado de las casetas, no debe de querer que vuelva a quedarme dentro del coche. El otro día no me dejaron bajar. Cuando paso junto a la reja pienso que menos mal que es alta, los saltos intimidan. No paran de ladrar, mientras *Quina*, impasible, se restriega contra los tobillos de Juli, que tiene que ir con cuidado de no tropezar.

—*Quina* y yo, la misma facha—me dice.

La granja que hay junto a la casa vuelve a estar llena después de las vacas locas, ahora la lleva un chico del pueblo que se la ha alquilado. Hace cinco años que Juli está jubilado y ahora se gana un extra con el alquiler. «Yo ya lo tengo todo hecho, estoy en paz con todo y con todo el mundo, no le debo nada a nadie», es una de las frases que repite para justificar que no trabaja. Que ya no trabaja lo dice cada vez que sale en la conversación algún tipo de trabajo, cualquier cosa que esté relacionada con el campo. Es el reflejo del undécimo mandamiento, desde Sudanel hasta Zaidín: nunca dejarás de trabajar. El primero y el tercero también se transforman: santificarás el trabajo y lo amarás por encima

de todas las cosas. Juli los repite como si el trabajo hubiese sido la condición ineludible que debería haber legitimado su paso por este mundo. «Yo ya lo tengo todo hecho», me dice mientras me señala los terneros dentro de la cerca, bajo el cobertizo de la granja, con la conciencia tranquila de la jubilación y los ojos bajos y resignados de *Quina*.

En el porche, una cafetera de aluminio enorme y ennegrecida por el uso.

—He hecho café.

—Ah...

En vez de café la cafetera hace infusiones, un café americano larguísimo que Juli bebe todo el día.

—Es muy bueno, el mejor que se ha hecho nunca. Cada vez me queda mejor. —Efectivamente, agua—. ¿Quieres un poco de leche?

—¿A *Quina* también le das café?

—Pobre *Quina*, mírala... Ya ha hecho todo lo que tenía que hacer. Empiezan a caérsele los dientes, al borrico viejo, mucha carga y mal aparejo.

A lo lejos se ve venir un camión, pero Juli dice que irá a otra granja, que él no espera a nadie. Los perros se alteran hasta que ven que no se detiene y después, poco a poco, vuelve la calma. Si no está Xavier, el chico que lleva la granja, allí no entra ningún extraño.

—Aguado y frío, Juli.

—Vamos a hacer más.

—Más no, por favor. Intentemos hacerlo mejor.

Quina se queda fuera.

—Desagradecido...

La casa está ordenada. Todo es viejo, muebles de fórmica de hace cuarenta años tan desgastados como el suelo. Desgastados por viejos y por limpiarlos, no hay nada en desorden, porque casi no hay nada.

Hace años la casa estaba llena.

Juli acogió a una familia marroquí. Primero vino Hakeem, después Fátima, y un año más tarde, su esposo. Los tres vivieron con Juli, durmieron en su casa, comieron juntos en la misma mesa y después se marcharon sin despedirse. No ha vuelto a saber nada de ellos y ahora de nuevo está solo, los únicos que le hacen compañía son *Quina* y los cuatro perros que juegan dentro de la cerca.

Desde que se marcharon, todo ha seguido igual. Le regalé otra cafetera, pero él prefiere usar la antigua aunque le falte el asa. Coloca las tazas en la mesa y el hule no se mueve, hace tantos años que está allí que ha tomado la forma de las esquinas de la mesa y ahora le sirven de anclaje.

No se casó cuando pudo haberlo hecho y hace unos años se le murió la madre, Carmeta. A veces se pone bromista y dice que tiene la crisis de los setenta.

—Nací aquí y, si no cambia nada, me moriré en el mismo sitio. Si no hubiese nacido, ¿qué habría cambiado? Nada, nada de nada. ¿Qué he sacado de todo esto? Sí, claro que sí, he tenido días buenos y años que merece la pena haber vivido... Pero nada que dure, no quedará nada mío cuando ya no esté. Mira los terneros, míralos, no soy mucho mejor que ellos.

—Eso es culpa del café. Si utilizases la cafetera que te regalé...

La cafetera vieja resopla en la estufa de leña. Truenos y zarandeos, hay tanto viento que las planchas de la techumbre de la granja se mueven y el viento silba por todos los agujeros de la casa.

Empieza a contar la historia por el medio, siempre le pido que lo haga desde el principio, pero él vuelve a la mitad, como si todo lo que le hubiese pasado hasta entonces pudiese situarse dentro de la normalidad de las cosas. Habla de *su* normalidad de las cosas, de la capacidad de adaptarse a ella. La normalidad de alguien que toda la vida ha vi-

vido solo acaba siendo la medida de todas las vidas, la suya y la de los demás.

El inicio se sitúa en la noche en que Hakeem, el muchacho que acogió, fue a buscarle al bar. Hakeem no se atrevía a acercarse, tenía miedo de avergonzarle. Había unos amigos de Juli que le miraban mal y él sabía que no tenía que crear problemas, por eso esperaba que el azar quisiese que Juli mirase en su dirección.

Juli no se dio cuenta de nada hasta que uno de sus amigos le señaló con un gesto. Se le hizo extraño verle allí en medio, observándole sin atreverse a preguntarle nada a nadie, ni siquiera a pedirles a sus compañeros de mesa que le avisasen. Pensó que le había pasado algo a Carmeta, su madre. Pero no, quizá por eso él sitúa el principio en aquel momento: se trataba de Ashdin, el padre de Hakeem. Lo recuerda muy bien, fue el 18 de agosto de 1996, hace nueve años. Estaba en las mesas de la terraza del bar del pueblo, en Sudanell, y Hakeem estaba casi sin aliento, calado de sudor.

No podía esperar, tenía que decírselo: su padre llevaba en Murcia dos días, estaba en las casetas de un invernadero. Vuelve a enseñarme la hoja de una libreta con las fechas, grafías irregulares y gastadas de tanto abrir y cerrar el pliego. «Al principio no le entendía, hablaba tan deprisa que no sabía qué me estaba diciendo... Mira, aún conservo sus papeles». El papelorio de siempre de Juli, todos los papeles bien ordenados. Le compré carpetas y archivadores con fundas de plástico, antes lo guardaba todo en cajas y ahora los archivadores están llenos de facturas de hace cincuenta años, hay recibos y libros de gastos, hasta los tickets de la báscula municipal con las anotaciones de las taras y los pesos en neto. Lo tiene todo ordenado en un armario, la documentación de su madre, las recetas y los informes de los médicos, las fotografías y las revistas viejas,

las escrituras de la propiedad... Y también todos los papeles que guardó cuando la familia de Hakeem estuvo en su casa, impresos de la Seguridad Social, fotocopias de pasaportes y algunas fotografías, un archivo del todo y de la nada.

—Imagino que Hakeem habrá cambiado mucho.

—Debe de estar hecho todo un hombre. No le reconocería.

—¿Te gustaría volverle a ver?

—No, ahora ya no. Si me lo hubieses preguntado hace dos o tres años, quizá te hubiese dicho que sí. Ahora es demasiado tarde, se ha echado todo a perder... No me apetece, ahora sólo quiero que no me molesten, hacer lo que me apetezca. Ya basta. Algunos amigos de Sudanell ni siquiera se acuerdan de él y ahora volver... No, no...

Hakeem llegó a Sudanell, como tantos otros inmigrantes, en medio de una masa anónima. Seguro que Juli notó que había gente nueva, que había otra remesa de marroquíes o argelinos, pero era como cada año, tantas caras distintas. ¿Qué habría pasado si no hubiesen llegado? Nadie lo sabe, quizá los habrían sustituido por gambianos, malienses o rumanos. El cambio sólo habría provocado algunos comentarios en el bar y poca cosa más. Por otro lado, si los marroquíes que llegaron aquel año hubiesen ido a parar a Torrelameu, en lugar de a Sudanell, ¿habría sido un cambio sustancial? No, todo sucede tan deprisa que no podemos pensar en ello. Ni siquiera se ha escrito, quizá dicho, quizá dicho sin gran convicción.

Mete dos astillas en la estufa. Cuando abre la tapa de hierro, la corriente de viento hace silbar los tubos.

—Seguro que le había visto por el pueblo o, al menos, pensaba que creía haberle visto, todos me parecían iguales... Cada día venían cinco o seis marroquíes nuevos. A veces no los distinguía hasta que los veía a todos juntos a las

siete de la mañana a la salida del pueblo. Aún hoy se sientan allí, como si fuese una exposición a la vera de los caminos que conducen a las huertas, unos junto a otros esperando que alguien los suba al camión, al remolque, la furgoneta o cualquiera de los coches que conducen a los campos de melocotoneros.

Juli pasa poco por allí, nunca plantó ni frutales ni hortalizas; con la granja y los forrajes tenía trabajo suficiente, hasta demasiado. Además, su madre estaba enferma. Carmeta y las granjas, toda la vida atada a la finca. Cuando su madre estaba viva, aún podía dejar la granja los días que se quedaba vacía. Alguna vez había pedido que no le volvieran a traer a las crías demasiado pronto, y se había ido a Barcelona a pasar la semana.

—O me quedaba aquí, sabiendo que no tenía que cargar con esa obligación. Cuando te llegan los terneros no puedes moverte de la granja ni medio día. Tienes que estar allí las veinticuatro horas. Como mucho, puedes ir a Lleida a comprar. Puedes llevar el coche al taller... Cuando mi madre se puso enferma, ni eso.

—¿Te daba miedo quedarte solo?

—La soledad no me da miedo... Bueno, sí, la soledad da miedo si te comparas con los demás. Unos se han casado, otros están con sus hijos, y tú aquí, con los terneros y los perros. Y ahora los terneros y los perros son de otro, sólo me queda *Quina*.

El día que Hakeem llegó a la finca seguro que hacía un buen rato que rondaba por la granja, porque los perros ladraron toda la mañana. *Quina* ya estaba aquí y también ladraba.

Se lo dijo una vez y tuvo que repetírselo cien veces más, no había suficiente trabajo para dos hombres. Hakeem insistió mucho, se lo pidió por favor, nadie lo contrataba. Él le contestó que no necesitaba a nadie y los perros seguían

ladrando sin cesar detrás de la verja. Cuando Hakeem vio que no le convencería, preguntó si podía beber, tenía mucha sed, y antes de que Juli pudiese ofrecerle una botella fresca, se había acercado al abrevadero de los terneros, donde está el chorro.

—Fue entonces cuando vi que cogía el pienso del comedero de los terneros. Acercó el morro al abrevadero y se llevó unos puñados a los bolsillos, arañaba la harina.

—Estaba muerto de hambre.

—Pobre chaval, la madre que nos parió a todos... Da pena sólo pensarlo.

Lo tiene clavado, aún le hace daño cada vez que lo recuerda. Tiene grabada aquella imagen de cómo arañaba el comedero para recoger un poco de pienso... Juli le dijo que se vaciase los bolsillos y se secase la boca, y le hizo pasar dentro de casa. Sacó pan y un montón de latas. Carmeta, que ya chocheaba, le miraba con una sonrisa que él le devolvía por compromiso y miedo. Cuando Juli envolvió un par de bocadillos para que se los llevase, Hakeem no quiso aceptarlos.

—Aceptar aquellos dos bocadillos significaba que tendría que dar media vuelta, deshacer el camino hasta el pueblo y volver a buscar un trabajo que no llegaba nunca. A saber qué ideas y qué ilusiones se había hecho mientras comía, por eso no quiso los bocadillos y se quedó en la entrada de la finca. Los perros ladraron sin cesar toda la tarde. Fui a buscarlo por la noche. Se había quedado dormido al raso, junto a la entrada de la finca. Volvió a ofrecerse, sólo quería comer, trabajaría por la comida, trabajaría tanto como yo quisiera por la comida, por la comida y nada más, repetía una y otra vez. Yo lo viví de pequeño, Francesc, gente que venía a trabajar a cambio de llenar el plato y poca cosa más. Y las cosas que han pasado una vez pueden pasar dos veces.

Juli volvió a prepararle el almuerzo. Otra vez latas y pan. Quizá utilizase las mismas tazas que ahora llenamos de café. Después le hizo esparcir paja y limpiar los remolques para estercolar. Cuando Hakeem vio el huerto detrás de la granja, se volvió loco, había de todo. Juli ha mantenido el huerto, en verano da gusto verlo. Cultiva algunas hortalizas para un restaurante de Lleida. Vienen a buscarlas, él ya no tiene ganas de llevarlas hasta allí.

Pasó aquella noche en la entrada; Juli le preparó un lecho en el sofá del recibidor. Hakeem durmió hasta tarde, estaba reventado. Juli no tenía trabajo para nadie más, lo único que podía hacer Hakeem era cuidar a Carmeta y limpiar la casa, pero cuando Juli se lo dijo, el otro puso mala cara; le contestó que aquello era un trabajo de mujer y que él quería trabajar en el campo.

—Pero sólo le duró unos minutos, enseguida fue a buscar la escoba y el cubo. —Juli ríe cuando cuenta que tuvo que enseñarle a pasar la fregona: hasta que no aprendió a escurrirla, volcó el cubo más de una vez, y daba risa verle recoger el agua del suelo inundado—. Lo único que no se sintió capaz de hacer fue lavar a mi madre y cambiarle la ropa. Hasta que no me vio mí durante varias semanas no se puso a hacerlo él también. Hombre, se entiende, ¿cómo quieres que un chaval cambie las sábanas de una vieja enferma que además chochea? Pero todo fue muy deprisa. Si alguien necesita arañar un comedero para sobrevivir, ¿qué no haría, pobre chaval?

—Y él ¿qué te decía?

—Hombre, las primeras semanas era difícil que nos entendiésemos, porque hablaba muy poco castellano. Y muchas cosas no las entendíamos, ni él ni yo, pero después, cuando uno tiene ganas... Y él tenía muchas ganas. Pienso que había pasado de dormir en la calle a dormir en una cama, de cartones a sábanas limpias. A ducharse, a comer

en platos. No sabes lo que es estar acostumbrado a tener platos y que después te los quiten y no puedas usarlos. No tener agua, oler mal todo el día...

Hakeem tenía su propia habitación, se encargaba de hacer el almuerzo y la cena, y ayudaba en el campo, nunca tuvieron el menor problema, hasta hacía la lista de todo lo que Juli tenía que comprar en la cooperativa. Cuando Juli le dijo que quería pagarle, se entendieron enseguida. Hakeem le repitió que no quería que le diese dinero, que no tenía dónde guardarlo, sólo podía dejarlo en su habitación, prefería que se lo guardase Juli. Sólo le pedía que, de vez en cuando, a fin de mes, le enseñase el dinero que había ahorrado y le hiciese una transferencia a Marruecos. Él no podía, no tenía papeles de ningún tipo.

El verano pasaba con cierta calma y, a medida que la cosecha de la fruta iba llegando a su fin, todo parecía volver al orden de siempre. Cuando se acaba el verano, todo parece relajarse, perder el nervio que ha estado tensando los días de calor. Los inmigrantes que llegan hasta el pueblo se convencen de que no hay trabajo y se marchan a otras regiones. A veces se preguntaba qué haría Hakeem, suponía que querría irse, que querría marcharse a la costa, a Murcia, Valencia o Barcelona, quizá a Francia. Pero no, no, pasaban las semanas y Hakeem no se movía de la granja.

—¿Sabes qué me daba miedo? Que la gente empezase a decir cosas que no eran.

—Hombre, es lo primero que debió de pensar todo el mundo.

—Claro, claro... La gente, a veces, qué hijos de puta... Pues eso, eso era lo que me jodía, mira, porque aquello quería decir que tenía que hacer algo que no había hecho nunca: rendir cuentas a los demás. Un solterón de Sudanell con un morito, ¿qué quieres que piense la gente?

—La gente siempre piensa.